

El Adán estadounidense: Inocencia, tragedia y tradición en el S. XIX¹

R. W. B. Lewis

Prólogo: El mito y el diálogo

Este libro tiene que ver con los comienzos y los primeros esbozos tentativos de una mitología nativa estadounidense. El período que a grandes rasgos cubro va de 1820 a 1860; la escena, en su mayor parte, está ubicada en Nueva Inglaterra y la costa Atlántica. (...) Me interesa más la historia de las ideas y, especialmente, en la imaginería y anecdotario representativos que cristalizan conjuntos enteros de ideas; mi interés está por tanto limitado a elocuentes pensadores y artistas conscientes. [En ese período] la imagen construida para encarnar las ideas contemporáneas más fructíferas fue la del auténtico estadounidense como figura de inocencia heroica y vastas potencialidades, en equilibrio al comienzo de una nueva historia. (...).

Primero quiero sugerir una analogía entre la historia de una cultura –o de su pensamiento y literatura– y el curso de desenvolvimiento de un diálogo: un diálogo más o menos filosófico en su naturaleza y conteniendo, como el de Platón, un buen número de voces. A medida que avanza hacia su madurez, cada cultura parece producir su propio debate determinante acerca de las ideas que le preocupan: la salvación, el orden natural, el dinero, el poder, el sexo, la máquina, y cosas por el estilo. Se puede decir, de hecho, que el debate es la cultura misma, al menos en sus niveles más elevados; ya que una cultura logra su identidad no tanto a través de la ascendencia de un conjunto particular de convicciones sino a través de la emergencia de su diálogo particular y distintivo.

En los Estados Unidos, durante el segundo cuarto del siglo diecinueve, los voceros intelectuales principales –novelistas y poetas, así como ensayistas, críticos, historiadores, y predicadores– parecen haber entrado en un diálogo vívido y creativo. El tema, estimulado por el sentimiento vigorizante de que se estaba produciendo una nueva cultura, incumbía a los recursos morales, intelectuales y artísticos del hombre en la nueva sociedad. (...) Entre los términos e ideas que más frecuentemente surgían en el debate estaban: la inocencia, la novedad, la experiencia, el pecado, el tiempo, la esperanza, el presente, la memoria, el pasado, la tradición.

Pero el propósito de una conversación cultural, al juzgar según nuestro ejemplo estadounidense, no es, después de todo, simplemente fijar los términos de la discusión. Va más allá de eso y provee de los materiales de la imaginación creativa. Consecuentemente el historiador intelectual debería buscar algo más allá de los términos de la discusión. De hecho, debería buscar las imágenes y el ‘relato’ que anima las ideas y son su equivalente imaginativo usualmente más preciso. Porque lo que se expresa durante los años de debate es una visión amplia de la vida, como extensión ideal de sus presentes posibilidades. Y si bien la visión puede ser formulada en el lenguaje ordenado del pensamiento racional, encuentra también su forma en un patrón recurrente de imágenes –modos de ver y sentir la experiencia– y en cierto relato habitual que funciona como el diseño dramático aceptado para la vida representativa. (La Pasión de Cristo, por ejemplo, es el relato detrás de la mayor parte de la argumentación cristiana). La imaginería y el relato le dan dirección e ímpetu al debate intelectual mismo, y a veces pueden ser detectadas, ocultas dentro de la discusión, cargando a los términos racionales de una desacostumbrada energía. Sin embargo, a su vez el debate puede contribuir a la conformación del relato; y cuando los resultados de la indagación racional se transforman en una narrativa consciente y coherente producida por los artistas mejor afinados de la época, la cultura finalmente ha producido su propio “mito” especial e identificadorio.

Es mi intención, entonces, desenredar de entre los escritos y pronunciamientos de la época considerada el mito estadounidense emergente y el diálogo en el cual fuera formado. El mito

¹ Selección de fragmentos y traducción de Gabriel Matelo.

estadounidense, a diferencia del romano (en la *Eneida*), no fue ideado en última instancia por un único hombre de genio (Virgilio). Fue y ha seguido siendo un asunto colectivo; hay que juntar las piezas a partir de una variedad de ensayos, discursos, poemas, relatos, historias, sermones.

A diferencia del mito romano, –el cual mira la vida desde dentro de un largo y denso corredor de historia significativa–, el mito estadounidense veía la vida y la historia como recién comenzando. Describía el mundo como en un nuevo comienzo bajo una renovada iniciativa, en una segunda oportunidad para la raza humana garantizada por la divinidad, luego de que la primera oportunidad hubiera sido tan desastrosamente estropeada en el declinante Viejo Mundo. Se presentó un nuevo tipo de héroe, la encarnación heroica de un nuevo juego de atributos humanos ideales. Se dijo insistentemente desde 1820 en adelante que los Estados Unidos no eran el producto final de un largo proceso histórico (como la Roma de Augusto celebrada en la *Eneida*); era algo completamente nuevo. “Nuestro nacimiento nacional”, declamaba el *Democratic Review* en 1839, “fue el comienzo de una nueva historia... que nos separa del pasado y nos conecta solamente con el futuro.” “La gloria estadounidense comienza al amanecer”, anunciaba Noah Webster en 1825. Edward Everett encontró una aceptable receta para la salud nacional en la simplea frase en cursiva, *separación de Europa*, –separación de su historia y sus hábitos.

Los nuevos hábitos a ser engendrados por la nueva escena estadounidense eran sugeridos por la imagen de una personalidad radicalmente nueva, el héroe de una nueva aventura: un individuo emancipado de la historia, felizmente privado de ancestros, intacto y limpio de las usuales herencias de la familia y la raza; un individuo solo de pie, con confianza en sí mismo e impulso propio, preparado para enfrentar lo que le espere con la ayuda de sus recursos inherentes y únicos. Para una generación lectora de la Biblia, no resultó sorprendente que el nuevo héroe (en alabanza o desaprobación) fuera generalmente identificado con Adán antes de la Caída. Adán fue el primer hombre, el arquetipo. Su posición moral fue previa a la experiencia, y en el mero hecho de ser nuevo lo hacía fundamentalmente inocente. El mundo y la historia yacían ante él. Y era al tipo de creador, poeta por excelencia, que creaba el lenguaje al nombrar los elementos de la escena a su alrededor. Todo esto y más era el contenido de la imagen de estadounidense como Adán.

(...) Pero vale la pena remarcar que si bien la imagen adánica era invocada amenudo y explícitamente en los estadios posteriores de nuestra historia, durante las etapas más tempranas permaneció algo sumergido, haciéndose sentir como una atmósfera presente, una idea motivadora. (...) El hecho significativo es que el uso literal de la historia de Adán y la Caída del Hombre –como modelo narrativo– apareció en las obras finales de los novelistas estadounidenses, cuyas obras buscaron resumir el experiencia estadounidense toda. *El fauno de mármol* y “Billy Budd”, donde la imagería adánica es al mismo tiempo central y controladora, fueron los últimos escritos de Hawthorne y Melville. Y es en *El tazón dorado* de Henry James donde el nombre del protagonista es Adán.

Vale también la pena remarcar que el ideal de la inocencia recién nacida fue tanto rechazada como deplorada. Las reacciones opuestas ponían el diálogo en movimiento lo que más tarde constituiría el conflicto energizante en la ficción narrativa. Emerson, retrayéndose en Europa a la sensación de presiones antiguas, podría dar voz a una observación típica de la época: “Aquí es para el viejo y llano Adán, el simple yo genuino contra el mundo entero.” Sin embargo, Henry James padre saldría, en 1857, con la disputa de que “nada podía ser más remoto... de los atributos distintivamente *humanos*... que esta condición adánica lisa y llana.” (...) Y al mismo tiempo que los principios morales más optimistas eran desafiados y convertidos en el decurso del diálogo, así la figura narrativa de Adán, introducida como el héroe de una nueva comedia semidivina, se convertía en el héroe de una nueva clase de tragedia, y por tanto creció a una mayor estatura. Era el tragedia inherente a su inocencia y su primicia, y establecía el patrón de la ficción estadounidense.

Esto me trae a una última palabra acerca de las varias “voces” en nuestro diálogo y los nombres que les daré. Podríamos empezar observando que Emerson no vio ningún diálogo en

absoluto, sino sólo un “cisma”, una grieta entre dos partidos polarizados: “el partido del Pasado y el partido del Futuro”, como a veces los llamaba, o los partidos “de la Memoria y la Esperanza” (...). Según la meditación retrospectiva de Emerson en 1867, el cisma comenzó hacia 1820. Pero Emerson suscribió demasiado rápidamente quizás al sistema de dos partidos en los asuntos intelectuales; y se sentía siempre consternado por la actitud de un hombre como Hawthorne que parecía escépticamente simpatizante de ambos partidos y se las ingeniaba para no ser confinado por ninguno.

Los historiadores posteriores a Emerson o han continuado con las dicotomías y han hablado del “dualismo” de la cultura estadounidense; o han elegido uno de los dos partidos de Emerson como constituyente de la tradición estadounidense, rechazando al otro como si fuera una triste borrachera extranjera o una inmadura tontería nativa. Pero si atendemos a las realidades de la historia intelectual estadounidense, debemos distinguir en ella al menos tres voces (a veces más). La cultura estadounidense ha tradicionalmente consistido en la interacción productiva y vívida de las tres.

(...) Adopto uno de los pares de Emerson para identificar los dos partidos que él mismo reconoció: el de la Esperanza y el de la Memoria. Para el tercer partido, no hay un nombre apropiado: a menos que lo llamemos el partido de la Ironía.

Como índice de la posición “esperanzada” en la moralidad nacional, cito el editorial (1839) que saludaba el nacimiento en los Estados Unidos de “una clara consciencia inmaculada por el pasado”. La conciencia nacional, y por ende la individual, era clara exactamente porque no había sido manchada por el pasado, los Estados Unidos, según el credo de la esperanza, no tenía pasado, sino sólo un presente y un futuro. El término clave en el vocabulario moral de Emerson, Thoreau, Whitman, y sus seguidores e imitadores, consecuentemente fue “inocencia”. Para los “nostálgicos”, es decir, los del partido devoto de la memoria, la pecaminosidad del hombre parecía no haber sido nunca tan evidente como en los Estados Unidos de la época. (...) Sin embargo el temperamento irónico –representado, digamos, por Henry James, padre– se caracterizaba por un optimismo trágico, por el sentido de las colisiones trágicas a las que la inocencia estaba expuesta (algo impensable entre los “esperanzados”), e igualmente por la conciencia de la elevación de la percepción y la humanidad que el sufrimiento trae aparejado (algo impensable entre los “nostálgicos”).

El debate acerca de la moralidad se hacía eco del debate general acerca del tiempo: los eslabones conectores, o la falta de ellos, entre el presente y el pasado. (...)

Aunque Emerson escuchaba con placer “el estrépito y el fragor de las tendencias contrarias”, estaban aquellos, que yo pongo en el tercer partido, que encontraban molesta esa constante discordia. Este grupo inspeccionó las tendencias opuestas y luego llegó al entendimiento renovado de la naturaleza de la tradición y el compromiso práctico de los Estados Unidos con el pasado. Sus conclusiones fueron una curiosa y ambivalente clase de tradicionalismo. Se expresaba a sí misma de muchas maneras, pero era particularmente notable en el campo de la ficción. Porque allí tanto la forma como el contenido eran afectados: una relación orgánica entre las experiencias pasadas y la vivencia del momento se hacía un factor importante de la narrativa –tema recurrente de la narrativa– y al mismo tiempo, más notablemente en las novelas de Hawthorne y Melville, la narrativa revelaba su designio a través del original uso de material tradicionales desacreditados

Puede no haber tal cosa como una “experiencia estadounidense”. (...) Sin embargo, ha habido experiencia en los Estados Unidos, y el relato de ella tiene su forma específica propia. Esa forma ha sido más clara y más recompensadora cuando más dialéctica se ha vuelto. Sólo recientemente el diálogo ha tendido a morir. Porque sólo recientemente la vieja convicción del nuevo comienzo histórico parece estar desvaneciéndose completamente, (...).

Literatura Norteamericana

Los peligros, tanto para la vida como para las letras, del ideal adánico fueron reconocidos inmediatamente y han sido repetidos sin cesar. El desamparo de la mera inocencia ha sido un tema principal de los novelistas en casi cada década, y una fuente de perplejidad para nuestros historiadores políticos y diplomáticos. El despido del pasado ha sido demasiado efectivo: los Estados Unidos, desde la época de Emerson, han sido persistentemente una cultura de una generación por vez.

La visión de la inocencia y la demanda de novedad eran casi peligrosamente engañosas. (...) La ilusión de la libertad con respecto al pasado llevó a una relación más real con la tradición continuadora. La visión de la inocencia estimuló un sentido positivo y original de tragedia. Sin la ilusión, somos conscientes, no ya de la tradición, sino simple y fríamente del peso de la historia. Y sin la visión, nos quedamos, no con un espíritu trágico maduro, sino meramente con la consciencia estéril del mal sin que ésta se vea robustecida por el sentimiento de pérdida. Porque la noción de pecado original toma su fuerza de la noción previa de inocencia original. La literatura reciente se ha aplaudido a sí misma por traspasar la alegría infantil de Emerson y Whitman; pero, al hacerlo, ha perdido el profundo entendimiento trágico, paradójicamente engendrado de la alegría, de un Hawthorne o un Melville.